

Revista Aragonesa de Teología

Año II - Nº 3 - 1996

Enero-Junio



a su lado.

deseamos ofrecerle



el mejor servicio,

el trato más cercano,



el mejor equipo humano.

Siempre a su lado...



... con nuestra mejor sonrisa.

Desde 1905 junto a usted.

CAI CAJA DE AHORROS
DE LA INMACULADA

Aragón es nuestra tierra

**Revista
Aragonesa
de
Teología**

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
1996

Edita:
C.R.E.T.A.
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:
José Alegre Aragüés

Comité de Redacción:
Carlos Tartaj Sánchez
Alfonso Ortiz García
Julián Ruíz Martorell
José-María Andreu Celma

Confección y maquetación:
Miguel-Ángel Segura Caso

Administración:
C.R.E.T.A.
Condes de Aragón, 32
50009 Zaragoza
Tel. 751134

Impresión:
EDELVIVES
ISSN: 1135-0447
D. Legal: Z-169/95

SUMARIO

	Pág.
EDITORIAL	5
1. Reflexiones sobre el mensaje de Jesús (I), Vicente García Revilla	7
2. Ser creyente en un «mundo quebrantado», Laurentino Novoa Pascual	13
3. La religión en un nuevo contexto, José Alegre Aragüés	25
4. Mujeres al borde de la Iglesia, Javier Calvo Guinda	35
5. Panorama eclesial desde el Somontano, Pedro Escartín Celaya ..	45
6. Historia del Cristianismo en Aragón: Sobre los orígenes del Cristianismo en Aragón, Eugenio Romero Pose	55
7. Figuras del Cristianismo en Aragón: Miguel de Molinos: ¿un hereje aragonés?, Teresa Vicente Edo y Fernando Urdiola Guallar	71
8. Problemática del mundo rural: Los agentes del cambio en el mundo rural, José Guarc Pérez	79
9. Comentario de libros	87
10. Biblioteca de actualización teológica	89

EDITORIAL

Al ritmo que nos hemos marcado, con la ilusión de quien ve crecer la obra iniciada y con la constancia del trabajo necesario para su atención.

Así va nuestra Revista, haciéndose cada día un poco más e integrando secciones que le van a dar su personalidad y marcarán su dinámica para un futuro.

En este número iniciamos una sección dedicada a la Historia del Cristianismo en Aragón, con dos vertientes en su atención. Una que se ocupara de ofrecernos una panorámica cronológica donde descubrir el nacimiento, evolución y organización de la comunidad cristiana a través del tiempo y en todas las diócesis aragonesas.

Otra que nos ofrecerá el perfil de una figura miembro de esta comunidad y que, en su tiempo, destacó en alguna faceta. En éste presentamos el perfil de Miguel de Molinos de quien vamos a celebrar su III Centenario y cuya repercusión y fama se extendió a toda Europa pero a quien desconocemos hoy en su tierra.

La responsabilidad de esta sección queda en manos de dos antiguos alumnos del CRETA, Teresa y Fernando, cuya afición a la Historia es similar a la de Teología, y a quienes animamos a continuar esta labor con la misma ilusión que han comenzado.

La primera parte la iniciamos con la colaboración especial de Uxio Romero Pose, prestigioso patrólogo, amigo incondicional y, desde el primer momento, animador de este Revista como de otras que son testigos de su labor científica y docente en el ámbito de la Historia del Cristianismo Antiguo.

A él y a todos los autores que colaboran, nuestra gratitud. A Vds., amigos lectores, su palabra escrita con cariño y esmero.

Reflexiones sobre el mensaje de Jesús (I)

Rev. Aragon. Teol. 3 (1996)

Vicente García Revilla

Luz para un mundo en tinieblas

Jesús, cuando vino a nuestro mundo, trajo a los hombres el más bello y transcendental de los mensajes. No traía, simplemente, una doctrina para ser aprendida, sino para ser vivida. Por eso, el mensaje de Jesús, antes de ser formulado en palabras, era vida en Él. Jesús fue delante con el ejemplo (Hch 1,1). Nunca pudieron descubrir sus oyentes la más leve contradicción, el más insignificante desajuste entre la doctrina que proponía y la vida que llevaba. Se daba en Él la más perfecta coherencia entre palabras y obras. Sus palabras no eran sino una glosa a su propia vida.

De ahí el asombro, la admiración, la fascinación que desde el primer día suscitó en sus oyentes, y la fuerza irresistible que ejercía sobre ellos. Jesús suscitaba oleadas de entusiasmo y de fervor entre la gente sencilla, que lo seguía y perseguía siempre, ansiosa de escuchar aquella doctrina tan original y nueva y de contemplar aquella vida tan excelsa. Los evangelios, a pesar de la sobriedad con que están escritos, conservan en sus páginas el eco del fervor popular que Jesús suscitó desde el primer día.

Cojamos el evangelio del Marcos —el primero que se escribió y el más sencillo de todos— y abrámoslo por la primera página: Mc 1,16-20; 1,21-28; 1,32-34; 1,35-39; 1,40-45; 2,1-12; 2,13-14 ... Son escenas transidas del entusiasmo y el fervor de la gente. Jesús, desde el primer día, vivió en loor de multitudes. Los hombres no tenemos otro recuerdo más bello que recordar que el recuerdo de Aquél que pasó por la vida haciendo bien todas las cosas (Mc 7,37) y haciendo el bien a todos (Hch 10,38). Ninguna figura ha surgido en la historia tan limpia, tan noble, tan sublime, tan excelsa.

Leamos un testimonio entre mil: «A veces Dios me envía instantes de paz. En esos instantes amo y siento que soy amado. Fue en uno de esos momentos cuando compuse para mí un credo, donde todo es claro y sagrado. Este credo es muy simple. Helo aquí: creo que no existe nada más bello, más profundo, más simpático, más viril y más perfecto que Cristo; y me lo digo a mí mismo, con un amor celoso, que no existe y que no puede existir. Pero si alguien probara que Cristo está fuera de la verdad y que ésta no se halla en Él, prefiero permanecer con Cristo que permanecer en la verdad» (Fedor Dostoievski).

Jesús, con la enseñanza tan bella y original que propuso y la vida tan santa que llevó, encendió en el mundo una gran luz, que no se ha apagado ni se apagará jamás. Y el mensaje de Jesús no fue, simplemente, una bella teoría. Jesús remite siempre a la

praxis, a la acción, como a la vida. Nos mostró el camino que el hombre tiene que recorrer para llevar una vida humana auténtica, y lo que nos espera al final del camino. De esta forma, Jesús dio respuesta a los dos grandes interrogantes que todo hombre, cuando viene a este mundo, tiene que hacerse: «¿Qué tengo que hacer?» y «¿qué puedo esperar?» Jesús desvela el enigma, el sentido de la condición humana. Y fuera de Él el hombre es un misterio insondable. «Jesús revela el hombre al hombre» (GS 22).

Jesús dijo solemnemente, desafiadoramente: «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no anda en tinieblas» (Jn 8,12). Y el que vuelve la espalda a Jesús, se hunde en las tinieblas de la ignorancia. Y no es que ignore cosas; padece una ignorancia más radical: se ignora a sí mismo.

El evangelio de Mateo, al comienzo, presenta el ministerio público de Jesús a la luz de estas majestuosas y solemnes palabras de Isaías: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz, y a los que habitaban en sombras de muerte una luz les brilló» (Is 8,23-9,1; Mt 3,1ss). Y desde entonces, esta es la tarea de todo hombre que viene a este mundo, si quiere ser fiel a su identidad más profunda y quiere vivir una vida auténticamente humana: caminar al resplandor de esa luz, que es Jesús.

Jesús, revelador de Dios y del hombre

«Jesús vino a abrirnos los ojos para que viéramos que Dios es el Padre de todos, y que todos somos hermanos». El mensaje de Jesús es, a la vez, la más exacta revelación de Dios y la más exacta revelación del hombre. En la misma revelación de Dios como Padre, como amor, nos brinda la auténtica revelación del hombre. Nos trajo el más bello de los mensajes: el mensaje de la paternidad de Dios y el mensaje de la fraternidad de todos los hombres. Sin la luz del evangelio, el hombre se encontraría ciego, desorientado, perdido, por los caminos sin camino.

a) Jesús, revelador de Dios

Todo el evangelio de Juan gira en torno a esta idea central: Jesús, revelador del Padre. Aparece firmemente, intensamente, afirmada en el prólogo, donde es presentado el Hijo de Dios como Palabra, que se hace carne, y, al hacerse carne, comienza a ser, de forma singular, palabra de Dios y sobre Dios dirigida al hombre, en la que Dios se ha manifestado, se ha revelado plena, total y definitivamente a nosotros. «A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo único, que está en el seno del Padre, él nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). Como está en el seno del Padre, conoce íntimamente al Padre y sólo Él nos lo ha podido dar a conocer. Jesús es el único testigo del mundo divino. El único que ha venido de arriba, y ha descendido a nuestra tierra, y se ha hecho hombre, para darnos a conocer el misterio de Dios Padre. Esta es la finalidad esencial de la Encarnación: «ha venido a revelárnoslo» (Jn 1,18).

A continuación comienza el relato de los hechos y dichos de Jesús. Esos hechos y dichos de Jesús nos van revelando el misterio más hondo de Dios, «Toda la vida de Cristo es revelación del Padre: sus palabras y sus obras, incluso sus silencios

y su mera presencia entre nosotros». Y este tema, formulado en el prólogo y que se va desarrollando a lo largo de todo el evangelio, es resumido en el capítulo 17, donde, insistentemente, se reafirma esta idea: 17,3-4.6.26. «Jesús es el exegeta del Padre». Es el revelador y la plenitud de la revelación de Dios. «La verdad más íntima acerca de Dios... se nos manifiesta por la revelación de Jesucristo, que es, a un tiempo, mediador y plenitud de la revelación» (DV 2). Dios Padre, en su Hijo único, nos ha manifestado su ser más íntimo, su secreto más profundo.

Jesús no se limitó a recordar o repetir lo que ya sabíamos sobre Dios, sino que vino a comunicarnos la verdad más íntima, la realidad más profunda de Dios.

Y en el evangelio de Juan, Jesús pudo decir, al final del camino: «salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y me voy al Padre» (Jn 16,28). Pero no ha dejado todo como estaba. Todo lo ha dejado profundamente iluminado, enriquecido. Nos ha dejado a nosotros infinitamente iluminados, enriquecidos con la revelación de Dios Padre. «Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, definitiva, perfecta e insuperable del Padre» (C.65), en la que se ha expresado, se ha revelado plena y definitivamente (Cfr. San Juan de la Cruz, S2 22).

«Al problema de Dios anunciado en Cristo, se le ha dado, demasiadas veces poca importancia. Se juzgaba que, aun prescindiendo de Jesús, se sabía ya quién era Dios y qué quería de los hombres... Pero quién es Dios o cómo es realmente Dios sólo lo sabemos con seguridad por medio de Jesús... La extraordinaria violencia con que Jesús fue rechazado por los fariseos sería inexplicable si se hubiese tratado sólo de una diferente explicación de la Ley. La raíz profunda de la oposición se encuentra más bien en su diferente idea de Dios» (MS III, I).

Corregir las falsas imágenes de Dios que se habían forjado los hombres y revelarnos su auténtico rostro: ésta fue la tarea de Jesús, que realizó a lo largo de toda su vida, con sus palabras y sus obras. Jesús, su vida y su doctrina, es la parábola viviente del Padre, la imagen perfecta del Padre, imagen visible del Dios invisible.

En la última noche, Jesús, como poseído de una sagrada obsesión, repite sin cesar, una y otra vez, el nombre bendito del Padre. Quiere darles a conocer su gran secreto: el Padre.

Los Apóstoles, en aquella noche iluminada, debieron escuchar aquellas efusiones de Jesús, absortos, sobrecogidos. Nunca lo habían visto tan radiante, tan transfigurado. Entendemos que Felipe, impresionado, haciéndose eco de los deseos de todos, dijera a Jesús: «Señor, muéstranos al Padre, que esto nos basta» (Jn 14,8). Has encendido en nosotros una gran sed; apaga ya la sed. Morimos de nostalgia por el Padre; descorre el velo y muéstranos su rostro.

Jesús, en aquella noche iluminada y gloriosa, como respuesta a la pregunta encendida de Felipe, hará esta solemne y majestuosa afirmación: «Felipe, el que me ve a mí está viendo al Padre» (Jn 14,9).

Jesús es la imagen perfecta del Padre. Y sabemos que, para nuestro consuelo y alegría, en las páginas de los evangelios ha quedado reflejada, como en un espejo, la verdadera imagen de Jesús, sus hechos y sus dichos.

Y me gusta aplicar a los evangelios aquellos espléndidos versos de San Juan de la Cruz:

¡Oh cristalina fuente,
 si en esos tus semblantes plateados
 formases de repente
 los ojos deseados
 que tengo en mis entrañas dibujados!

Y con esa hambre y sed de encontrarnos, cara a cara, con la imagen deseada de Jesús, cogemos todos los días en nuestras manos los evangelios, y los leemos y releemos con delectación y con morosidad; y hacemos nuestra la encendida súplica de Felipe: «Señor, muéstranos al Padre, que esto nos basta». Porque, al captar la figura de Jesús, reflejada en las páginas evangélicas, tenemos la imagen perfecta del Padre. Y así se hace realidad ese sueño melancólico e imposible de tener en nuestra mente y en nuestro corazón la imagen más aproximada de Dios Padre. «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado (Jn 17,3). Esta es nuestra única y esencial tarea. Éste es el sentido de esta vida presente y de la vida futura: crecer en el conocimiento de Dios Padre.

b) Dios es amor

Pero no basta saber que Jesús es el revelador de Dios y que ésa fue su única tarea. Necesitamos saber cuál es el íntimo secreto de Dios, su realidad más profunda, tal como Jesús nos lo manifestó. Si Jesús vino sólo a revelarnos el auténtico rostro de Dios, todo lo que nos dijo, a lo largo de toda su vida, con sus palabras y sus obras, sobre el misterio más hondo de Dios, está recogido y sintetizado en esta expresión luminosa y hondísima, que es el ápice, la síntesis simple y esencial del ser de Dios: «DIOS ES AMOR» (1Jn 4,8.16). Nunca se ha dicho nada tan alto sobre Dios. Nunca se ha dicho nada tan alto sobre el amor. No es una frase más; es una frase nuclear. Es la cumbre y la clave de toda la revelación.

El ser más íntimo de Dios, la verdad más profunda y originalísima de Dios, es ser amor. Dios es ternura, bondad, misericordia, amor que se desborda incesantemente, torrencialmente, sobre el hombre, sobre todos los hombres. Porque no se nos ha dicho que Dios tiene amor, sino que Dios es amor. Y Dios no es amor en sí mismo y para sí mismo (eso no sería amor) sino que Dios es amor al hombre, a cada uno de los hombres. Cada uno de los hombres es objeto del amor infinito. Yo soy objeto del amor infinito. El desbordante amor de Dios se derrama, en cada instante, sobre mí. Vaya donde vaya, me debo sentir siempre envuelto, sumergido, inundado por el amor infinito.

Para subrayar más intensamente la frase, para llamar la atención sobre la importancia de la frase, el autor, en un breve espacio, en unas líneas, la repite dos veces: en el v. 8 y en el v.16.

En esta frase tan sencilla y tan hondísima está contenido el núcleo, el meollo de todo lo que Jesús, durante toda su vida, con sus palabras y sus obras, nos fue diciendo sobre el ser de Dios. «El ser mismo de Dios es amor (C. 221).